

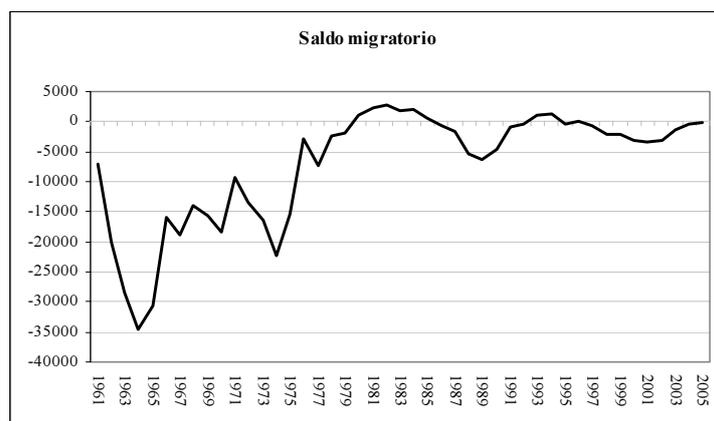
## Las migraciones extremeñas en el último cuarto del siglo XX

GONZALO BARRIENTOS ALFAGEME

No puedo rechazar la amable invitación de la dirección de la revista para intervenir en un extraordinario sobre las migraciones. En este momento me encuentro en una situación científicamente precaria, con prácticamente todo el material de que dispongo “encajado” (metido en cajas) por un cambio radical en mi vida. Sin embargo, gracias a los recursos de almacenamiento informático y a la información disponible en la red, trataré de hilvanar algunas reflexiones sobre el periodo que se me encomienda: el último cuarto del siglo veinte. El periodo comprendido entre 1975 y 2000 que, desde el punto de vista demográfico posee un enorme interés en la historia reciente de Extremadura. Sobre todo porque ofrece una perspectiva de más largo plazo a nuestros primeros trabajos sobre la población regional, allá por la primera mitad de los años setenta.

La emigración en Extremadura, tan intensamente acelerada desde el principio de la segunda mitad del s. XX, hace crisis en 1974 de manera que el saldo migratorio tiende a equilibrarse. En la primera mitad de los ochenta se produce una insólita situación en Extremadura: el saldo migratorio cambia de signo y la región se convierte en una de las zonas de ‘inmigración con saldos positivos en 1980, 81, 82, 83 y 84.

De saldos anuales que llegaron a máximos superiores a los treinta mil negativos, nos instalamos en pautas anuales que se mueven entre los más menos cinco mil. Los datos anuales describen una línea ondulada que describe ciclos cortos de 1975-79, 1980-85, 1986-92, 1993-96 y 1997-03. Ciclos cortos (Kitchin o Juglar) que, como ya hemos indicado en otras partes, se acomodan con gran precisión a las coyunturas económicas y a las características del equipamiento productivo. Las fases de crecimiento económico nacional coinciden con series de saldo negativo, materializando el atractivo de la actividad industrial y de servicios de las regiones más avanzadas. Por el contrario, los periodos de incertidumbre, de crisis, de pérdida de competitividad, reflejan saldos positivos. En alguna ocasión hemos utilizado



el precio del petróleo como expresión demasiado simple de esta correlación y que, lógicamente, deberíamos relacionar con la inflación o con los precios al mayor o los tipos de interés.

Este matiz socio económico, nos permite hablar de una primera etapa en que se amortigua el flujo emigratorio coincidiendo con la transición política y la reconversión de la economía internacional, en una fase que culmina con el ciclo 80-85 en el que la crisis de la economía española alcanza su máxima expresión. Las drásticas medidas económicas adoptadas abren un periodo de prosperidad que abarca los años 1986 a 1992. Se ha llevado a cabo una importante reconversión industrial y, por añadidura, se producen acontecimientos que contribuyen a las excelentes perspectivas económicas: la integración en la Unión Europea, la construcción de la exposición universal de Sevilla y la celebración de los Juegos Olímpicos en Barcelona. Acontecimientos 'a término', estos últimos, que inician un periodo de contracción en la economía nacional y que tiene su reflejo en un nuevo espacio de saldos positivos, es decir, de reducción de los niveles de emigración, así como de retorno de contingentes significativos de emigrados. De nuevo asistimos a una recu-

peración económica y a partir de 1997 se reanuda el signo negativo en los saldos migratorios regionales.

Conviene advertir, sin embargo, que estamos ante cifras que nada tienen que ver con las registradas en el periodo anterior. Cifras modestas que no llegan a afectar al uno por ciento de la población y que no hacen sino reproducir, atenuado por un ligero proceso de convergencia, el comportamiento tradicional de Extremadura como foco de emigración.

Un fenómeno muy característico de este proceso es el conocido como “retorno” y que ha sido objeto de múltiples reflexiones y especulaciones.

#### **1976-80: EL DECLIVE DE LA EMIGRACIÓN**

Los enfrentamientos árabe-israelíes de finales de los sesenta y principio de los setenta anuncian el nacimiento de un nuevo planteamiento en la geopolítica internacional. El uso del petróleo como arma estratégica se materializa en un alza espectacular de los precios del crudo con hondas repercusiones en el sistema monetario internacional y en el ritmo de la inflación. Pero no hemos de olvidar que la reconstrucción europea está prácticamente culminada y que las nuevas potencias resurgidas en torno al Mercado Común han comenzado tempranamente a preparar el impacto de los nuevos acontecimientos. En segundo lugar, va cobrando fuerza el movimiento de protección medioambiental cuya clave reside en la finitud de los recursos no renovables y muy especialmente de los combustibles fósiles. Precisamente el informe Meadows para el MIT abre un debate apocalíptico sobre los límites del crecimiento humano. Y, en tercer lugar, todos estos acontecimientos coinciden en el tiempo con la eclosión de los ordenadores de uso personal y gran capacidad. Se trata, en definitiva, del tránsito de la era industrial a la era postindustrial en la mayor parte del bloque occidental.

Una de las primeras consecuencias será un sistema de producción en que el automatismo reducirá el capital variable de las empresas permitiendo una tremenda reconversión industrial. La inmigración experimenta un importante freno, expresado en la no renovación de convenios bilaterales o en el simple cese de la contratación de mano de obra extranjera. Iniciado el proceso en Alemania (1973) y Suiza-Francia (1976), pronto se contagia al resto de los países occidentales. La emigración española hacia Europa experimenta un descenso próximo a su desaparición, limitándose a migraciones de temporada enfocadas hacia recolecciones agrarias y construcción.

España no es ajena a los grandes problemas económicos mundiales. Por el contrario, su economía fuertemente dependiente, se resiente si cabe con más intensidad. Sin embargo, la situación política de declive del régimen de Franco, genera grandes esfuerzos para aplazar las medidas eficaces que ya se adoptan entre nuestros vecinos europeos. Aunque Franco muere a finales de 1975, el proceso de transición política no se consolida sino hasta finales de 1978. El gobierno constitucional se encuentra debilitado por los esfuerzos realizados y carece de capacidad para gestionar con eficacia la crisis económica. El conflicto social de la inevitable reconversión se verá agravado por la irrupción en el mercado de trabajo de la mujer, postergada durante la dictadura. La inflación se dispara hasta cifras próximas al veinte por ciento, mientras el producto nacional bruto cae alrededor de un setenta por ciento sólo en 1975.

El desempleo se generaliza, tanto en las regiones industriales como en el exterior, lo que se manifiesta en cambios radicales en los movimientos migratorios. La caída de la oferta de trabajo impide la salida de las canteras tradicionales de empleo, al tiempo que no pocos desempleados en las áreas industriales regresan a sus puntos de origen donde las posibilidades de supervivencia son mayores.

A lo largo del primer quinquenio comentado (76-80) las rectificaciones padronales muestran una situación próxima al equilibrio migratorio: las bajas no llegan a las treinta mil, mientras las altas superan las veinte seis mil. En términos relativos, la Tasa de Emigración alcanzó un valor del 13,6 por 1.000 anual, en tanto que la Tasa de Inmigración se situaba en un 12,3 por 1.000 anual. Dentro de un comportamiento absolutamente lógico, dada la situación de la estructura económica regional, mientras los emigrantes son mayoritariamente jóvenes, los "retornados" son trabajadores de edades en las que han logrado una prejubilación o las esperanzas de conseguir un nuevo empleo son muy reducidas. En los municipios cacereños del nordeste, correspondientes a la vertiente meridional de Gredos, por ejemplo, el 77 por ciento de los 'inmigrados' supera los sesenta y cinco años, frente a menos de un siete por ciento de menores de cincuenta. El grueso de los emigrados tiene menos de treinta años (77 %) y sólo el 1'5 por ciento más de cincuenta.

No disponemos, lamentablemente, de estadísticas suficientes para generalizar estos resultados, lo que no les priva de su valor significativo. Sí que podemos deducir su validez a través de las consecuencias que esta estructura de edades de las migraciones posee. Podemos deducir que la emigración se ve integrada preferentemente por personas solteras, más capaces de asumir el

riesgo de la búsqueda de trabajo y que, en épocas anteriores animaban a la emigración de la familia entera. De este modo, los menores de catorce años, que se acercaban al 30 por ciento en los primeros años setenta, se reducen a poco más del veinte en la segunda mitad de la década, mientras que la inmensa mayoría del contingente emigrado no llega a los treinta años.

En estas circunstancias, la contribución de la emigración al envejecimiento de la población regional sigue siendo importante, no sólo por la sangría de jóvenes y la pérdida de capacidad reproductora, sino por el incremento de personas mayores de sesenta y cinco años. Todo ello configura una estructura demográfica peculiar, con una personalidad diferente al de prácticamente todas las comunidades autónomas y que es el resultado de una economía anclada en las deficiencias estructurales del pasado.

Obviamente estamos considerando un fenómeno cuya complejidad debe llevarse al terreno de lo más inmediato: la realidad interna de la región implica desigualdades y contrastes significativos. Mientras en algunas comarcas el quinquenio 76-80 representa un cambio de signo en el saldo migratorio (caso de Cáceres), o se aproxima al equilibrio (Plasencia, Mérida o Badajoz), en otras se mantienen las pautas anteriores, acentuando la división de dos modelos internos bien diferentes. Mientras la Extremadura más rural y tradicional continúa despoblándose, aquellas comarcas que por su carácter urbano o agrario más avanzado se aproximan a las reformas económicas que se van aplicando tímidamente en España, mantienen un comportamiento demográfico más acorde con el general. La pirámide de población extremeña de 1980 muestra ya con claridad la hendidura de su población madura y el reflejo en una base cada vez más reducida en la que la escasez de padres se une ya al descenso de la fecundidad.

La productividad agraria de las cuencas sedimentarias y el poder de atracción de los núcleos urbanos continuaron, por tanto, manteniendo las diferencias que ya habían marcado en la etapa anterior y agudizando los contrastes espaciales internos. A la pobreza de los recursos económicos o a su deficiente gestión, van sumándose los perniciosos efectos de la mayor intensidad emigratoria. A la postre, estas serán las causas que explican la movilidad de los extremeños dentro del territorio regional.

A grandes rasgos, por tanto, las características más representativas de los movimientos migratorios registrados durante el período 1976-80 consistieron en la notable reducción del número de emigrantes, de tal modo que el saldo migratorio de este período, a pesar de mantener el signo negativo, se

redujo en casi un 54 % con respecto al quinquenio anterior, y en más de un 76 % con respecto a la etapa inicial del proceso. Por provincias, el saldo migratorio quinquenal se situó en las inmediaciones del 5 % tanto en Cáceres como en Badajoz, lo que demuestra una vez más que ambas provincias han evolucionado de forma paralela en lo que a los movimientos migratorios respecta.

Otra notable y significativa característica de la emigración de este período fue la pérdida del carácter familiar que mantuvo durante toda la etapa 1960-75. La causa de esta modificación, que debe buscarse en el endurecimiento de las condiciones laborales en las zonas receptoras, fue asimismo responsable de que se produjera un «rejuvenecimiento» en la edad del emigrante. Fueron los jóvenes y, en su mayor parte, los solteros los que alimentaron de forma prioritaria la corriente emigratoria.

No menos significativo fue el incremento experimentado por la corriente inmigratoria, de tal modo que en la provincia de Cáceres llegó a situarse en un nivel próximo al alcanzado por la emigración. El 82,4 % de los inmigrantes estuvo constituido por personas con edad superior a sesenta años, lo que permite afirmar que lo que realmente se intensificó durante este período fue una corriente de retorno protagonizado principalmente por población jubilada. Y en condiciones aparentemente similares se accedió a la siguiente etapa. Los cambios, no obstante, habrían de resultar sorprendentes durante la primera mitad de los ochenta.

### **1981-85: EL 'ESPEJISMO' DEL RETORNO**

En el quinquenio 1981-85 se produce un fenómeno nuevo y desconocido a lo largo de la historia regional: el saldo migratorio es positivo; las entradas superan a las salidas y las estadísticas nacionales muestran cómo las regiones con emigración son las receptoras de las grandes inmigraciones interiores de las pasadas décadas, mientras Extremadura se encuentra entre las regiones con saldo más favorable. Se consolidaba así el proceso iniciado en el quinquenio anterior, cuando dicho saldo se redujo en más de la mitad en relación con la etapa de mayor auge emigratorio.

La Tasa de Emigración descendió a tan sólo un 8,8 por 1.000 anual, mientras que sólo cinco años antes el valor obtenido en la provincia de Cáceres se aproximaba al 14 por 1.000. Por su parte, la Tasa de Inmigración logró situarse por encima de la cota emigratoria con un valor del 10,7 por 1.000 anual. Aunque con diferencias cuantitativas, ambas provincias extremeñas adoptaron idéntico comportamiento. En Cáceres, la Tasa de Emigración se

situó en un 10,6 por 1.000 anual y, la de Inmigración, en un 12,1 por 1.000. En Badajoz, dichas tasas alcanzaron valores respectivos del 6,9 y 9,3 por 1.000. Conviene advertir que, desde una óptica espacial, el cambio afecta sólo al 19'7 por ciento de los municipios cacereños y al 53'7 de los badajocenses.

Naturalmente que los espacios capaces de capitalizar el cambio son preferentemente los urbanos. Diez de las diecisiete comarcas registraron un balance migratorio positivo. Mérida consiguió el saldo positivo más elevado de toda la región, registrando una inmigración neta próxima al 46 por 1.000 anual. Aunque con unos saldos más débiles, también Badajoz, Tierra de Barros, Cáceres, Plasencia y Coria se sumaron a este cambio en el signo de las migraciones. La mayor rentabilidad de la agricultura de regadío y el poder de atracción de los núcleos urbanos continuaron manifestándose como principales factores del retorno de antiguos emigrados afectados por el desempleo causado por las medidas anticrisis, o por prejubilados y jubilados.

En el quinquenio 1981-85, según se desprende de los datos, la emigración continuó afectando de forma preferente a los estratos más jóvenes de población activa. La novedad estriba, precisamente, en que el retorno pierde su carácter selectivo de población vieja y comienza a afectar a inmigrantes con edad inferior a cuarenta años.

Como no cabía esperar de otro modo, la emigración continuó mostrando durante este período un claro carácter selectivo. El 39,3 por 100 de los emigrantes tenían una edad comprendida entre 15 y 29 años, tratándose en el 65 por 100 de los casos de personas solteras. El éxodo, pues, se nutría prioritariamente de jóvenes solteros que trataban de evitar el problema del paro o, en el mejor de los casos, el subempleo agrario; que huían de los escasos alicientes que ofrecen a la juventud la mayor parte de los pequeños municipios rurales extremeños, y que no tropezaban con trabas familiares que les obligaran a desechar la posibilidad, siquiera remota, de encontrar un trabajo en la ciudad.

La inmigración y, con ella, el retorno experimentaron un claro rejuvenecimiento estructural con respecto a etapas anteriores. El hecho de que el 24,1 por 100 de los inmigrados tuviera edad inferior a 14 años debe entenderse como un claro indicativo de que estaban llegando a Extremadura familias enteras y, lo que es más sorprendente, jóvenes. Por otro lado, una proporción significativa de inmigrantes, concretamente el 34,8 por 100 del total, tenía edades comprendidas entre 20 y 34 años, coincidiendo así en importancia relativa con las edades en que se registraba la mayor emigración.

Ciertamente, la condición de Extremadura como una de las regiones con mayor índice de paro, el raquitismo de su sector industrial, la escasa relevancia económica de los servicios o la baja productividad y exigua oferta laboral de su sector agrario, son algunas de las razones que justifican la continuidad del proceso emigratorio a pesar de las enormes dificultades existentes para encontrar empleo en las zonas industriales.

En lo que hace referencia al retorno, cabe afirmar que éste no puede explicarse, en modo alguno, argumentando una mejora sustancial y generalizada de la economía extremeña. El hecho de que la proporción de inmigrantes con edad comprendida entre 20 y 40 años superara el 42 por 100 del total respondía, en la mayor parte de las ocasiones, al retorno de antiguas familias emigrantes ocasionado por la pérdida de empleo del cabeza de familia y por las dificultades para encontrar trabajo por parte de los miembros jóvenes de la misma. Dada la mayor carestía de la vida en los medios urbanos, el retorno se ofrecía como una alternativa favorable para vivir mejor con las prestaciones del Seguro de Desempleo. Por otra parte, podría surgir la posibilidad de incrementar esos ingresos mediante los trabajos eventuales que suele ofrecer el campo extremeño, las prestaciones del Plan de Empleo Rural o algunas otras actividades que podrían encuadrarse dentro de lo que ha dado en llamarse «economía sumergida».

#### **1986-1991: LA BONANZA DE LOS OCHENTA Y LA CRISIS DE LOS NOVENTA**

Uno de los mayores inconvenientes con que ha de enfrentarse la transición política española es el retraso en la reconversión económica tras la crisis energética, con respecto a sus más caracterizados competidores. Las dificultades de la economía nacional en la década de los setenta se agrava, a medida que pasa el tiempo, para alcanzar sus cotas álgidas entre 1979 y 1982. La estructura política del Parlamento constituye un handicap insalvable para cualquier iniciativa gubernamental. Se trata de un ciclo recesivo perfectamente caracterizado que evidencia no sólo las conocidas contradicciones del sistema, sino las debilidades estructurales de la industrialización nacional.

Tal vez por todo ello, el triunfo electoral de la izquierda moderada era una necesidad inevitable. Las elecciones de octubre del 82 coinciden con una situación caótica de la economía española, sin reconversión industrial y tras una de las sequías más duras para la agricultura; frente a una recuperación consolidada de las economías occidentales. La mayoría parlamentaria abso-

luta contaría, por añadidura, con la colaboración del empresariado a la deses-  
perada y la de los sindicatos por afinidad ideológica. Estas circunstancias  
constituyen uno de los acelerones más espectaculares experimentados por  
cualquier economía estatal desde la época de los “milagros”.

La positiva evolución de las macromagnitudes culmina con la homolo-  
gación política de España en la comunidad internacional y el ingreso en las  
C.E.E. Tal vez la euforia de la bonanza impide cierta dosis de realismo en la  
negociación, pero la sociedad española es unánime en el apoyo a todo proceso  
internacional que reconozca la normalidad de nuestro Estado. España “se  
pone de moda” y la inversión exterior se incrementa, tal vez indiscriminada o  
precipitadamente.

Las rectificaciones padronales de ámbito municipal y su proyección  
regional recogida por los Anuarios Estadísticos de la Junta, ofrecen una ima-  
gen coherente de expansión demográfica, como es habitual en este tipo de  
fuentes, hasta diciembre de 1990. Pero los avances del Censo- Padrón de 1991  
siembran un desconcierto no exento de polémica. Mientras se generalizaba la  
opinión del aumento demográfico, los datos migratorios ponían de manifiesto  
que la corriente inmigratoria se debilitaba desde 1982 y llegaba a recuperar  
su tradicional comportamiento emigratorio. La contradicción era evidente y  
podía dar lugar a la adopción de decisiones económicas erróneas por parte de  
los órganos regionales competentes.

Efectivamente, los datos migratorios, tanto interiores como exteriores  
volvían a ser negativos, truncando las expectativas generadas en la mayor  
parte de las reflexiones elaboradas durante los años ochenta. Conviene recor-  
dar, sin embargo, que la aparición de los nuevos datos coincide, por una par-  
te, con un ambiente de demanda de empleo ante los grandes acontecimientos  
del 92, pero también, con la naciente sensación de síntomas de recesión eco-  
nómica generalizada, tanto en los Estados Unidos, como en Europa Occiden-  
tal, a la que no son ajenos los acontecimientos políticos de la Europa Orien-  
tal.

Tenemos la impresión de que se produce una elevada correlación inver-  
sa entre la evolución del signo de la coyuntura económica general y el saldo  
migratorio extremeño. Ciertamente que los indicadores económicos ponen de  
manifiesto el alcance de las debilidades estructurales de la economía regio-  
nal, profundamente afectada por la aplicación de la política agraria común.  
Una mirada sobre los flujos financieros procedentes de Europa (ver los estu-  
dios sobre la Agricultura y la Ganadería Extremeñas editados por la Caja de

Ahorros de Badajoz), para apreciar una situación de desconcierto e incertidumbre a que ha conducido una demasiado prolongada dependencia económica y la consiguiente debilidad del parque regional de infraestructuras.

En esta situación se produce un ciclo demográfico negativo 1983-1991, que debe dar paso a una nueva ruptura de tendencia, de signo positivo, homotética a la duración de la crisis económica de los noventa. En cualquier caso, habrá que considerar que, mientras subsista el marcado diferencial de renta, Extremadura seguirá disponiendo de una fecundidad ligeramente superior a la media española, aunque la eclosión de la información actual tiende a homogeneizar los comportamientos sociales. La evolución de la renta regional y familiar puede dar lugar a interpretaciones triviales, ya que no se reduce el diferencial de renta de una manera perceptible y, lo que es más grave, el origen del incremento de la renta regional no posee un soporte productivo esperanzador.

A partir del análisis mecánico de las altas y bajas padronales los 284 municipios extremeños considerados en el presente estudio han registrado un saldo emigratorio neto de -9.428 personas entre 1987 y 1989. Este valor desciende a -8.836 individuos si el balance se establece entre el volumen de bajas y altas que tienen destino y origen, respectivamente, fuera de los límites regionales. La diferencia, en cualquier caso, es mínima. Además, e independientemente de su volumen, lo realmente significativo es que esta circunstancia pone de manifiesto la ruptura de la tendencia registrada entre 1981 y 1986 caracterizada, como anteriormente se indicó, por la existencia de un débil saldo migratorio de signo positivo.

Es preciso insistir en que los saldos emigratorios no son, en modo alguno, alarmantes. Ese balance negativo de 9.428 personas tan sólo representa un 0,32 por 100 anual sobre la población censada en 1986. Se trata, consiguientemente, de unos valores muy débiles y que, por ello, en nada se parecen a los niveles alcanzados en la etapa anterior a los ochenta. Tampoco habrá que lamentar, pues, unas repercusiones socioeconómicas comparables a las derivadas del intenso proceso registrado en aquél período. A pesar de todo, este cambio de coyuntura migratoria debe entenderse como indicativo del surgimiento o agudización de desequilibrios territoriales que pesan negativamente sobre Extremadura y que actúan como impulsores de un nuevo éxodo. Como tal debe defenderse en aquellos foros en los que dicha circunstancia tenga que ser valorada para orientar hacia Extremadura fondos, ayudas o planes que tiendan a corregir los mencionados desajustes.

El ensanchamiento que presentaba la estructura de edades en 1986 a la altura de los grupos entre los 15 y los 24 años permitía vislumbrar una cierta "predisposición" a emigrar por parte de este sector de la población extremeña. No en vano dichas cohortes se encontraban, en el 56 por 100 de los casos, en situación de paro, según datos del Anuario Estadístico de la Junta.

Desde otra perspectiva, podría asegurarse que se trata de una reacción lógica ante una coyuntura económica en la que se han dado cita dos situaciones distintas pero estrechamente relacionadas. De un lado, un ritmo de generación de empleo superior al de etapas anteriores pero insuficiente para satisfacer las necesidades de una demanda laboral creciente. De otro lado, pero íntimamente vinculado a esta circunstancia, un incremento del volumen de población potencialmente activa muy fuerte a raíz de la ralentización experimentada por la emigración y del aumento y rejuvenecimiento del retorno registrados en la primera mitad de los años ochenta.

Por su parte, ese desajuste entre la oferta y la demanda laboral ha coincidido en tiempo con una paulatina mejora de la economía en los centros tradicionales de recepción de mano de obra extremeña. Una reactivación económica, centrada prioritariamente en los subsectores de la construcción y la hostelería, y que ha generado un nuevo proceso de atracción sobre una población activa joven (son mayoría los emigrantes con edades comprendidas entre los 20-29 años) que se incorpora a una corriente emigratoria cuyos destinos principales son Madrid, Barcelona y Palma de Mallorca.

Es relevante el paralelismo que mantienen las corrientes de emigración y retorno. Si importante es el balance resultante de la comparación de ambas, no menos lo es la consideración independiente de cada una de estas variables. Sobre todo cuando la coincidencia estructural es enormemente significativa. Efectivamente, los volúmenes de 29.219 altas y 38.647 bajas registrados en los 284 municipios extremeños de los que disponemos de información precisa, ponen una vez más de manifiesto la indefinición y contradicción de que adolece en la actualidad el flujo migratorio extremeño. Pese al ligero predominio de la corriente emigratoria, es preciso reconocer que tanto ésta como el retorno se mueven en niveles muy próximos. Los factores de rechazo y atracción están ejerciendo un juego de fuerzas equilibradas que dan lugar a la existencia de unos movimientos simultáneos y de signo opuesto: al tiempo que un contingente de extremeños sale de la región a la búsqueda de mayores y mejores perspectivas laborales, otro contingente, ligeramente inferior pero estructuralmente equiparable, regresa a la misma impulsado, en la mayor parte de los casos, por idénticas aspiraciones.

La consideración individualizada del saldo anual permite comprobar que los valores de emigración neta se han ido incrementando de forma paulatina a lo largo del período considerado. De este modo, en 1987 el saldo regional únicamente indicó un balance migratorio negativo de -1.896 personas, cifra ésta que proporcionalmente apenas alcanzó a representar un 0,2 por 100 sobre la población regional. En 1988, el saldo emigratorio se incrementó a más del doble (-3.836 personas, un 0,4 por 100 del total) y en 1989 tan sólo experimentó un ligero incremento (-4.467 individuos, un 0,46 por 100 del total).

El esquema descrito para el conjunto regional se repite, sin apenas variaciones significativas, en las dos provincias extremeñas. En la de Badajoz, el saldo migratorio del trienio arroja un balance negativo de -5.645 emigrantes netos, con lo cual se sitúa prácticamente al mismo nivel relativo obtenido para el conjunto regional: 0,30 por 100. Un valor, por tanto, muy débil que evidencia una vez más la tímida reactivación de la corriente emigratoria y el mantenimiento de unos niveles altos de inmigración y retorno: 17.147 altas, es decir, el equivalente a casi el 1 % de la población regional en 1986.

También el comportamiento anual refleja una tendencia similar a la descrita para el conjunto regional, de tal modo que se ha producido un salto brusco entre el saldo de 1987 (-1.304) y el de 1988 (-2.497), con un incremento del 91,5 por 100, para experimentar luego una ralentización entre esta fecha y la de 1989 (-3.039), en que el incremento sólo se cifró en un 21,7 por 100.

En la provincia de Cáceres, el saldo del trienio también muestra signo negativo, arrojando una emigración neta de 3.783 individuos y situando a esta provincia ligeramente por encima de la media regional en lo que a la tasa de Emigración respecta: 0,37 por 100 anual frente al 0,32 por 100 de la media regional. Los valores anuales reflejan el comportamiento ya descrito para Extremadura y Badajoz, y a nivel comarcal tan sólo merece ser destacado el saldo positivo de la comarca de Cáceres en 1989. Una circunstancia que debe relacionarse con el papel desempeñado por la ciudad como centro de atracción de mano de obra procedente fundamentalmente de otros municipios de la provincia.

Como se observa en las tablas provinciales, en el origen y destino de las migraciones extremeñas destacan tres direcciones principales: Madrid, Barcelona y Baleares. En el caso de las Bajas, son 7.020 los que han salido de la región y se han dirigido hacia Madrid. Sobre el total de 20.440 bajas

contabilizadas, dicha cifra representa un 34,3 por 100, una proporción elevada que convierte a esta Comunidad en el principal centro receptor de los emigrantes extremeños. Esa prioridad se mantiene en las dos provincias extremeñas. En la de Badajoz salieron hacia Madrid 3.715 personas, que representan un 29,2 % del total de las bajas contabilizado en la provincia. En la de Cáceres, han sido 3.305 los que se han dirigido hacia la mencionada Comunidad, cifra que en este caso llega a representar casi el 43 % (concretamente, un 42,9 %) del total de bajas registradas.

Barcelona constituye el segundo destino en importancia. Hacia allí se han dirigido 2.255, lo que representa el 11 % del total de personas desplazadas fuera de la región. Esa segunda posición del centro barcelonés se mantiene en las dos provincias extremeñas, no obstante hay una clara diferencia absoluta y relativa entre Badajoz y Cáceres. De la primera han salido 1.627 personas (12,8 % del total) y de la segunda sólo 628 (8,2 %).

Mención aparte merece el caso de Baleares. Desde 1987 se aprecia un crecimiento importante en el volumen de extremeños que se dirige hacia diversos puntos de la mencionada Comunidad atraídos sin duda por la oferta laboral generada por el sector turístico. En total, han sido 2.049 los individuos que se han dirigido hacia el archipiélago (10 % del total regional), principalmente hacia Palma de Mallorca, situándose así en el tercer centro más importante de recepción de mano de obra extremeña, con muy poca diferencia con respecto a Barcelona. No obstante, también aquí son notorias las diferencias cuantitativas entre Badajoz y Cáceres, ya que en la primera se han registrado 1.713 bajas (13,4 % del total provincial) y en la segunda únicamente 336 (4,4 % del total).

En cualquier caso, conviene resaltar que el flujo emigratorio que tiene a Baleares como centro de destino es, fundamentalmente, un flujo temporal al que se incorporan prioritariamente varones que, como antes se indicó, encuentran empleo en el subsector de la hostelería durante la temporada turística. Normalmente el período de estancia se sitúa en torno a los 6 meses. El volumen de altas procedentes de esta Comunidad (622, 5,4 % del total) indica, en parte, ese carácter temporal aludido. Y en esa misma línea deberían incluirse la mayor parte de las bajas que tienen como destino el litoral mediterráneo (Alicante, Gerona, Tarragona) y el Archipiélago Canario. Y finalmente, no debe olvidarse la emigración temporal hacia Huelva, especialmente significativa en el caso de la provincia de Badajoz (por simple proximidad geográfica), y basada fundamentalmente en la recolección de la fresa.

El cuarto punto de destino, y el último que presenta alguna significación dentro del conjunto, es Sevilla. Del total de bajas registradas en la región, 1.146 ( 5,6 %) se han dirigido hacia dicha provincia y, de forma prioritaria, hacia la capital. Conviene resaltar, no obstante, que este destino apenas tiene importancia dentro de la provincia de Cáceres, ya que del total de extremeños emigrados a Sevilla, un 91 por 100 procedían de la provincia de Badajoz, y de forma particular, de las comarcas más meridionales: Jerez de los Caballeros y Fregenal de la Sierra.

También en este caso se trata de una corriente muy particular, ya que en un alto porcentaje se trata de personas, empleadas en el subsector de la construcción, que permanecen en torno a cuatro días (lunes a jueves) en Sevilla y regresan al municipio de origen desde el viernes al domingo. De ahí precisamente que el factor distancia juegue un importante papel en la distribución espacial de las bajas que tienen dicho destino.

En lo que respecta al origen de las altas registradas en Extremadura cabe destacar, en primer lugar, la fuerte participación que tiene en el conjunto el volumen de inmigrados procedentes de Madrid, ya que las 3.037 altas originarias de esta Comunidad representan un 26,2 por 100 del total contabilizado en la región. Es asimismo significativo el hecho de que dicha circunstancia se produzca con similar importancia en las dos provincias extremeñas: 1.586 en Badajoz (23,1 por 100 de las altas de la provincia) y 1.451 en Cáceres (30,6 por 100 del total provincial de altas).

Barcelona es la segunda provincia emisora de población hacia Extremadura. De allí proceden 1.302 (11,2 por 100) de las personas que han retornado a la región. Dicha circunstancia, no obstante, sólo muestra significación en el caso de la provincia de Badajoz. En cualquier caso, es interesante destacar que tanto Madrid como Barcelona ocupen los mismo puestos en importancia tanto del volumen de altas como del de bajas. Sin duda, ello confirma ese carácter contradictorio que actualmente define a los movimientos migratorios extremeños.

Conviene destacar, en tercer lugar, que la pérdida de interés de los emigrantes extremeños por el País Vasco que ya se señalaba al comentar el destino de las bajas, se ve igualmente confirmado al comprobar el volumen que retorna a Extremadura desde Vizcaya (789) y Guipúzcoa (748). Indudablemente, esta circunstancia debe entenderse como reflejo de las mayores dificultades de integración que plantea esta comunidad a nuestros emigrantes.

En el resto de los casos, los datos son de sobra expresivos como para eludir nuevos comentarios al respecto. Tan sólo indicar que las altas procedentes de Baleares, Huelva, Gerona, Alicante o Tarragona, entre otras, reflejan, a nuestro juicio, el carácter temporal del flujo emigratorio que tiene a dichas provincias como destino.

Resta hacer referencia, finalmente, a la estructura de la población desplazada, cuya consideración ofrece algunas claves explicatorias de las características por que se gobiernan. La edad y el sexo son el exponente de la movilidad. El movimiento de las personas individualizadas o acompañadas de sus familias. La presencia de niños, la estructura de los desplazados según su adscripción familiar (cabezas de familia, padres, hijos...), el estado civil, permiten adoptar criterios sobre su influencia en la búsqueda selectiva de trabajo, de la jubilación, de la influencia de subsidios especiales al desempleo, al paro agrario, el trabajo estacional, etc.

En líneas generales, la estructura por edad revela que apenas se producen migraciones significativas de ancianos o jubilados, aunque sí se confirma un ligero predominio de regresos sobre salidas en los niveles de edades superiores a cincuenta años. Este esquema, vigente tanto en los valores medios regionales como en los correspondientes al nivel provincial, denota además otro aspecto interesante. Se trata del predominio de bajas sobre altas en el intervalo de 75 y más años, circunstancia ésta que debe entenderse como la consecuencia de un movimiento de reagrupación familiar (viejos que marchan con sus hijos) y que, a su vez, sugiere la necesidad de aumentar la cobertura de servicios para esta población vieja.

Puede apreciarse, asimismo, que predominan las migraciones de jóvenes, tanto de solteros como de casados con hijos en edad escolar. En las altas o regresos el carácter familiar es más significativo que en las salidas, en que la emigración en solitario continúa siendo predominante. Conviene llamar la atención, una vez más, sobre la coincidencia de edad que mantienen tanto el contingente de emigrantes como el de retornados. Tan sólo entre los 15 y 34 años se aprecia un sensible predominio de los primeros. En el resto, por el contrario, los valores están muy equilibrados. De algún modo, esta situación está posibilitando una tendencia a la estabilización e, incluso, a la disminución de los niveles de envejecimiento de la población extremeña, pudiendo generar, a su vez, una dinamización de su comportamiento demográfico.

En lo que hace referencia a la estructura por sexo, se aprecia un ligero predominio de la participación de varones en la emigración, y un equilibrio

casi perfecto en lo que hace referencia al retorno. Tal circunstancia, en las dos provincias extremeñas, es un claro indicativo del mayor carácter familiar del retorno, tal y como ya se indicó anteriormente.

### **LOS PRIMEROS AÑOS NOVENTA: EL VALOR DE LOS MOVIMIENTOS INTRAREGIONALES**

La primera mitad de los noventa se ha saldado con el registro de 89.707 altas y 87.380 bajas y, consiguientemente, con un balance migratorio positivo de 2.327 individuos. Indudablemente, la primera consideración que requiere este volumen de desplazamientos que se ha registrado hacia, desde y dentro la Comunidad Autónoma es que las migraciones extremeñas no constituyen un fenómeno irrelevante. Una movilidad que supera los 177.000 cambios de residencia en una región con poco más de un millón de habitantes, está indicando la permanencia de un fenómeno que no sólo afecta al volumen total de efectivos poblacionales, sino también a sus características estructurales y, lo que es aún más importante, a su distribución espacial. Es evidente que el comportamiento territorial de estas migraciones varía tanto a escala municipal como comarcal, dando lugar a un proceso que puede conducir al despoblamiento progresivo de extensas áreas rurales de la región, en favor de ese puñado de enclaves que ejercen la función de centros urbanos.

En principio, pues, son dos los hechos que conviene destacar con referencia a este período. De un lado, la persistencia de corrientes migratorias de relativa intensidad. De otro, la reaparición de un saldo migratorio positivo. No son éstos los únicos dignos de mención. Las características estructurales de las migraciones actuales no carecen en modo alguno de interés. Hay que señalar, en este sentido, que los datos correspondientes a la primera mitad de los noventa continúan reflejando unos rasgos similares a las que ya se manifestaron en la primera mitad de los ochenta y que, como antes se indicó, pusieron fin a la tradicional emigración de los más jóvenes y al retorno de los de mayor edad. De este modo, si bien es cierto que el 66 por 100 de los emigrantes registrados en este período tenían menos de 34 años, también lo es que el 69,8 por 100 de los inmigrantes se encuadraba dentro de este mismo grupo de edad. En el extremo opuesto, el contingente de ancianos que se dirige hacia Extremadura alcanza una representación del 8,8 por 100 sobre el total de inmigrantes, una participación que tan sólo supera mínimamente a la de emigrantes con dicha edad (6,7 por 100).

Los detalles territoriales apuntan el creciente valor de los desequilibrios internos. Badajoz, Mérida, Don Benito y Villanueva de la Serena, en el sur, y Cáceres, Plasencia, Coria y Navalmoral de la Mata, en el norte, se erigen en los centros de atracción poblacional de mayor dinamismo de Extremadura y, por lo tanto, en focos que absorben los recursos humanos que resultan excedentarios en el resto del territorio regional. Un territorio regresivo integrado por los municipios de menor entidad poblacional y las comarcas más deprimidas: Villuercas, Gata-Hurdes, la Penillanura Trujillano-Cacereña, las Sierras Merdionales de Badajoz, Los Montes y La Campiña, entre otras.

Pero aún cabe introducir nuevas matizaciones en torno a esta característica de las migraciones actuales. Dentro de la corriente inmigratoria es preciso destacar el retorno de más de 24.500 extremeños cuya distribución por edad sólo responde parcialmente a la antes apuntada. Ciertamente, es la población con edades comprendidas entre 20 y 34 años la que, como en los casos anteriores continúa acaparando las mayores cotas de representatividad (35 por 100), pero en esta estructura se destaca ya la participación de prejubilados y jubilados (18 por 100). En contraprestación, los jóvenes con menos de 19 años, que en el cómputo total de la inmigración tenían una participación próxima al 28 por 100, experimentan una reducción hasta situarse en un nivel del 17 por 100. Un mayor envejecimiento, pues, del retorno, que resulta perfectamente lógico dada la antigüedad del proceso emigratorio y, sobre todo, el descenso de la natalidad registrado en los medios urbanos, hechos que sin duda han redundado en un envejecimiento del colectivo emigrante extremeño que protagoniza este retorno.

Pero donde tal circunstancia se hace especialmente significativa es en el retorno procedente del extranjero. Sólo 960 altas del total registrado en la primera mitad de los noventa han tenido dicha procedencia, una cifra aparentemente baja si la comparamos con las casi 90.000 cursadas a nivel general o las casi 46.000 de origen extrarregional, pero que no deja de resultar indicativa de una realidad que presumiblemente mostrará una tendencia alcista en los próximos años. La pirámide de edades difiere sustancialmente de la correspondiente al total de la corriente inmigratoria y de la perteneciente al retorno nacional, de tal modo que presenta una forma invertida en la que la base resulta insignificante en relación con las dimensiones que alcanza la parte superior de la estructura. Los retornados con menos de 19 años tan sólo representan un 9 por 100, significando así uno de los múltiples obstáculos que dificulta la vuelta a casa de los emigrantes en el extranjero: el rechazo de los hijos a retornar, el deseo de permanecer en el lugar en el que han crecido y en el que se han creado su entorno afectivo.

Con todo existe un retorno proporcionalmente importante de activos con edades comprendidas entre 20 y 39 años (27 por 100), un grupo que, como se vio con anterioridad, es de los actores principales de la inmigración y el retorno nacional y que, también en este caso, ocupa un lugar destacado en el reflujo del extranjero. Su participación, no obstante, es inferior en 16 puntos porcentuales al alcanzado en el retorno nacional. Pero no cabe duda de que lo más llamativo de esta estructura lo constituye ese ensanchamiento que experimenta entre los 55 y 69 años, donde se acumulan más del 41 por 100 (41,3 %) de los retornados con esta procedencia. Un hecho que constituye una novedad respecto de lo vivido hasta el momento, que hace referencia nuevamente a las dificultades de todo tipo existentes para emprender el retorno a edades más tempranas, y que señala a un colectivo que a la hora de volver a Extremadura va a plantear unas necesidades y exigencias muy concretas tanto a nivel de prestaciones sociales, económicas, sanitarias, asistenciales, etc.

Se hará referencia, finalmente, al nivel cultural de los migrantes. A priori, cabe pensar que la debilidad de la oferta laboral extremeña y, especialmente, la de la que implica mayores exigencias profesionales, debe de estar provocando una pérdida creciente de los recursos humanos más cualificados al tiempo que, por idéntico motivo, la inmigración y el retorno deben de nutrirse preferentemente de población con bajo nivel de formación. Efectivamente, la inmigración canaliza hacia Extremadura una proporción significativa de efectivos poblacionales sin titulación (59,5 por 100 «sin estudios» más «analfabetos») o de bajo nivel académico (22,5 por 100 con estudios primarios) en tanto que el colectivo de mayor cualificación (bachiller, diplomados, licenciados...) tan sólo representa algo menos de la quinta parte del colectivo inmigrante. La corriente de retorno, por su parte, está integrada principalmente por personas «sin estudios» que, unidas a los analfabetos, representan el 67,2 por 100 del total de retornados. Por otro lado, la proporción de graduados o equivalentes muestra valores similares a los de las altas globales, en tanto que la de bachilleres y superiores registra una caída próxima a los 6 puntos porcentuales. Finalmente, casi el 80 por 100 de los retornados del extranjero carecen de estudios y un 2,4 por 100 son analfabetos. La proporción de graduados y titulados es, en cambio, inferior a la mitad de la que corresponde a aquellos otros desplazados.

La emigración responde parcialmente a otros parámetros. Es cierto que la proporción de analfabetos resulta idéntica a la del colectivo inmigrante (7,2 por 100), no obstante el contingente de «sin estudios o inferiores a graduado» (43,7 por 100) pierde representatividad en favor de los colectivos de

mayor nivel académico: un 26,9 por 100 de los emigrantes poseen título de graduado o equivalente y un 22,2 por 100 son bachilleres, poseen FP2 o son diplomados y licenciados universitarios. Debe destacarse pues que, tanto en términos absolutos como relativos, la emigración de extremeños con graduado escolar, bachiller y título universitario es superior a la afluencia de inmigrantes y retornados con tales niveles académicos, como lógica consecuencia de las transformaciones internas y la mejora de los recursos educativos.

### **HACIA EL SIGLO XXI**

El panorama migratorio del final de siglo apenas difiere del esbozado hacia comienzos de los años ochenta. Como entonces, y dentro del ambiente de indecisión que continúa presidiendo esta dinámica espacial, el saldo migratorio ha recuperado el signo positivo que perdió en el quinquenio anterior evidenciando una vez más la dependencia económica regional y los efectos de rechazo poblacional provocados por la etapa recesiva que atravesó la economía española en la primera mitad de los noventa. A ellos se debe la menor intensidad de la corriente emigratoria y, al tiempo, la mayor afluencia de retornados. La coincidencia estructural que manifiestan ambas corrientes es asimismo otro aspecto que corrobora el clima de indefinición que hoy gobierna la movilidad de los extremeños. En realidad, tal situación no es más que un reflejo de la desorientación que padece la población joven que no logra liberarse de la amenaza del paro y que, como ocurriera antaño, intenta conseguir un puesto de trabajo fuera de Extremadura. Al mismo tiempo, el paro urbano y la precariedad del empleo alimentan una corriente de retorno que en su mayor parte está protagonizada por activos adultos y jóvenes. No es difícil encontrar a quienes se ven obligados a emigrar y retornar dentro del mismo año. No debe sorprender, por ello, que Madrid y Barcelona, los puntos de destino más destacados de la emigración extremeña, sean también los centros emisores más relevantes del retorno regional.

En cualquier caso, es preciso advertir que las cifras de la movilidad regional carecen de cualquier viso de tremendismo. Se trata de contingentes normales en el contexto de una sociedad como la española, si bien en uno de sus segmentos territoriales con menores perspectivas. De ahí que Extremadura sea una de las regiones donde la movilidad general, en estos momentos, sea más baja, ocupando posiciones de cabecera en el número de residentes en el municipio de nacimiento. Sí supone un hecho destacado el que la movilidad

intraregional sea similar a la extraregional, especialmente por las consecuencias que se derivan del desequilibrio interno.

Otro fenómeno que caracteriza este final de siglo es el de la aparición de inmigración extranjera relacionada con las actividades agrarias, fundamentalmente. Aun tratándose de un hecho de escaso peso cuantitativo, creemos que se trata de un síntoma más de ese proceso lento de convergencia y normalidad en el que se halla involucrada Extremadura. Ese es un aspecto que se estudia en otros trabajos.